

## LOS AMANTES DE TERUEL,

DRAMA EN CINCO ACTOS, EN PROSA Y VERSO.

## PERSONAS.

|                                |  |
|--------------------------------|--|
| DON JUAN DIEGO MARTINEZ GARCÉS | MARI-GOMEZ.  |
| DE MARSILLA.                   | ADEL.  |
| DA ISABEL DE SEGURA.           | ZEANGIR.   |
| DA MARGARITA.                  | TRES BANDIDOS.   |
| DON RODRIGO DE AZAGRA.         | Soldados moros, damas, caballeros, criados, bandidos, un verdugo, un barquero. |
| DON PEDRO DE SEGURA.           |  |
| DON MARTIN GARCÉS DE MARSILLA. |  |
| ZULIMA.                        |  |

El primer acto pasa en Valencia, y los demas en Teruel.—Año 1217.

## ACTO I.

Dormitorio magníficamente adornado á usanza morisca. A la derecha una cama del mismo gusto, inmediata al proscenio : á la izquierda un bufete de dos cuerpos con entalladuras arabescas, y mas arriba una ventana con celosias y cortinages. Puerta grande en el fondo, y una pequeña á cada lado.

## ESCENA PRIMERA.

ZULIMA, ADEL, MARSILLA, adormecido en la cama.

*Zul.* Tú eres el único depositario de este secreto.

*Adel.* Sultana, recias son las llaves de los calabozos, y en veinte años no se me han hecho pesadas; ligera es esta del harem que hoy me das, y ya me descoyunta la mano.

*Zul.* ¿Y porqué? ¿No es llave tambien de una cárcel?

*Adel.* En la cárcel donde se gime, puede el carcelero recibir mil huéspedes sin peligro; pero en la cárcel donde se goza, si da entrada á mas de uno, ya puede despedirse de su cabeza.

*Zul.* ¿Rehusas ahora servirme?

*Adel.* Señora, ya sabes tú que no puedo rehusarlo. El ínclito Amir Zeit Abenzeit, que Alá prospere, dijo á sus siervos al partir de Valencia: Obedeced á nuestra esposa Zulima como á mí mismo mientras yo me detenga en Murcia.

*Zul.* Debes obedecerme.

*Adel.* Así lo he hecho, y así lo haré. Pero tornará á Valencia el Amir; y si amanece un día aciago en que las piedras hablen, me dirá el querido del profeta: ¿Porqué has introducido en nuestro real harem á un perro cautivo? Yo podré responderle que así lo mandó la sultana Zulima; pero tal excusa no librará al introducido de ser azotado, desojerado, y acañavereado ó quemado vivo. Yo quisiera evitar esto, salvo tu parecer.

*Zul.* Maldígate Alá, vaticinador de desastres! ¿La llama del suplicio nombras delante de quien arde en la del amor?

*Adel.* Como una puede conducir á otra...

*Zul.* ¿Juzgas que he descuidado nuestra seguridad? Ausente el rey, nadie penetra en estas habitaciones. Ramiro se hallará aquí tan aislado é ignorado como cuando yacia bajo tu custodia en la mazmorra mas profunda de la alcazaba. Además, tú propio me dijiste que si permanecia allí dos dias iba á espirar.

*Adel.* Verdad te dije; pero harto mejor hubiera sido callar hasta pasado mañana.

*Zul.* Tú entonces le hubieras acompañado á la tumba.

*Adel.* Peligros por un lado, perdicion por otro. Está visto que mi suerte se halla enlazada con la de ese buen idólatra: cúmplase lo que está escrito.—Tarda mucho en volver en su acuerdo.

*Zul.* Tarda demasiado. ¿Si te escederías en la dosis del narcótico?

*Adel.* No sabemos á que hora lo tomaria. Yo le descolgué anoche la vasija, pero no le envié gana de beber al mismo tiempo. Y como le tiene tan debilitado la enfermedad... Por la torre de la Caba, señora, que el objeto de tus bondades mas bien debe inspirar lástima que amor.

*Zul.* Lástima fué la que me condujo á amarle. Véale yo en el jardín del serrallo cargado de pesados hierros, tal vez insuficientes á sujetar sus brazos indómitos; al pasar delante de mis celosias, notaba yo la palidez de su noble rostro; oia sus suspiros, las palabras incoherentes, únicas con que interrumpia su tético y porfiado silencio. ¿Porqué suspiras? solia yo decirle detras de los cortinages de las ventanas. Soy esclavo, me respondió siempre.

*Adel.* ¿Cuánto aman los cristianos á su patria!

*Zul.* Veneno brotan todas tus espresiones, Adel. Pero te engañas, vaso de malicia, te engañas en tus mezquinas sospechas. Ramiro no suspira por una querida; Ramiro no ha tenido amores en su patria; aquel pecho altivo no es capaz de rendirse á un amor ordinario, un amor de cristiana: solo un amor de Africa, ardiente como su sol, que hace carbon el cutis, pudiera inflamarle. Ramiro es un caballero de ilustre cuna: bien lo prueba la joya que ocultaba en el seno. Criado en la opulencia, habituado al poder, ¿no ha debido ballar la servidumbre cruelísima, insoportable? Por eso ha hecho tantas tentativas para evitarla. Segura estoy de que cuando me lean ese lienzo que le hemos hallado, escrito en español con su sangre, ó cuando consienta en declarar su cuna, oirémos uno de los apellidos mas ilustres de España. ¿No murieron de pesadumbre algunos de los caballeros que aprisionó Jacob en la batalla de Alarcos? ¿No los mató su orgullo? ¿Porqué no ha de ser Ramiro orgulloso como ellos? ¿Porqué mas bien ha de ser amante? ¿Desdichado él entonces! ¿Desdichada yo! ¿Si tanta afliccion, tantos esfuerzos por alcanzar la libertad, tanta indiferencia conmigo, tuvieran su origen en el amor, qué amor igualaria al suyo? Ramiro, despierta para cal-

mar mi recelo : dime si quieres que no me amarás nunca , pero júrame que nunca has amado.

*Adel.* Yo desearia precisamente lo contrario.

*Zul.* Tú no le conoces : si llegó á amar una vez , aquel amor llenará toda su vida.

(Abre, y registra el cuerpo superior del bufete.)

*Adel.* A todo esto, él guarda un silencio que puede significar cualquier cosa.

*Zul.* Creia tener aquí un espíritu que le hiciera volver. Voy á buscarle. (*Vase.*)

## ESCENA II.

ADEL.

La princesa cuidará ahora mucho del cautivo; el cautivo conocerá que debe la vida á la princesa; aunque no sea mas que por agradecimiento, se rendirá á sus halagos; todos los placeres serán para ellos, y el dia del castigo habrémos de repartir á tanto por cabeza. Duro es ir por gusto ageno al precipicio con los ojos abiertos. ¡ Pero qué viviente de tan débil instinto es la muger! ¡ Esta Zulima, que obcecada con el título de reina, ni aun sospecha que haya quien espie invisible sus pasos, quien interprete sus palabras, y hasta los gestos de su semblante! ¡ Si el amir, por gracia especial, habrá dejado sin ejercicio á sus confidentes africanos! (*Abrese la puerta pequeña de la izquierda, y aparece Zeangir.*) Ya veo que no.

## ESCENA III.

ZEANGIR, ADEL.

*Zea.* Os he escuchado.

*Adel.* Nos habrás oido.

*Zea.* Todo.

*Adel.* ¿ Y podrás responderme?...

*Zea.* A nada.

(Dirigese al bufete, y le examina como quien busca alguna cosa y no la halla; llégase á la cama, toma con viveza un lienzo que hay sobre ella escrito con sangre, y lo lee para sí con admiracion.)

(*Aparte.*) ¡ Qué es lo que descubro!

*Adel.* (*Aparte.*) Hoguera tendrémos. (*A Zeangir.*) Dime á lo menos que ha escrito ahí ese infiel. Deseo saber qué noticias da el cautivo de su persona. Hay quien le crea un príncipe, y yo le tengo por un jayan. El rompía las mas fuertes cadenas, él escalaba las paredes del baño, y jamas trató de rescatarse mediante una buena suma. De aquí infiero yo que es mas rico en fuerzas que en oro. El contenido de ese lienzo no exigirá tanto secreto... Y en todo caso, carcelero soy; he visto espirar á muchos por habladores, y estoy harto persuadido de la utilidad de ser mudo.

*Zea.* Esa es tu obligacion, ser mudo, sobre todo con Zulima.

(Deja sobre la cama el lienzo, y se encamina á la puerta por donde salió.)

*Adel.* ¿ Y estoy relevado del encargo de obedecerla?

*Zea.* Mañana ya habrá cesado ese deber.

*Adel.* ¿ Y hoy?

*Zea.* Puedes servirla. Olvida que me has visto... cuida mucho de la vida de ese cristiano. (*Vase.*)

*Adel.* ¡ Que cuide de él! No dijera mas Zulima. Que me empalen si entiendo algo. Por fortuna para obedecer no es necesario penetrar : cúmplase lo que está escrito.

## ESCENA IV.

ZULIMA, ADEL.

*Zul.* Encarga que busquen entre los cautivos del baño algun alfaquí nazareno que nos sepa descifrar eso.

(Señalando el lienzo.)

*Adel.* Venga, y lo llevaré.

*Zul.* Podrá echarlo menos Ramiro. A la noche, durante su sueño, se leerá sin que él lo note. Marcha.

*Adel.* De aquí á la noche puede darte Ramiro cuantas noticias solícites. (*Aparte.*) Pretesto para echarme fuera. (*Vase.*)

## ESCENA V.

ZULIMA, MARSILLA.

*Zulima.*

Su pecho empieza á latir.

Ya es tiempo : así que perciba...

(Aplicale un pomito á la nariz.)

*Marsilla.*

¡ Ay!

*Zulima.*

Volvió...

*Marsilla.*

(Incorporándose.)

¡ Qué luz tan viva!

No la puedo resistir.

*Zulima.*

(Corriendo las cortinas de la ventana.)

De aquella horrible mansion

El triste á las sombras hecho...

*Marsilla.*

No es esto piedra : — es un lecho.

¿ Qué ha sido de mi prision?

Señora...

(Reparando en Zulima.)

*Zulima.*

Por orden mia,

En medio de tu letargo  
Te trajeron, y á mi cargo  
Estás aquí.

*Marsilla.*

¡ Todavía

Esclavo!

*Zulima.*

Cese tu afan.

Serás libre.

*Marsilla.*

¿ Dónde estoy?

¿ Quién eres?

*Zulima.*

¿ Quién? — Hija soy...

Del alcaide...

*Marsilla.*

¡ De Mervan!

(Dirige una ojeada rápida al rededor de sí, ve sobre la cama el lienzo ensangrentado, y lo esconde.)

*Zulima.*

Sí, pero aunque soy muger,

Mi voz el valor disfruta

De ley... y nada ejecuta

Mervan sin mi parecer.

Ausente el rey de Valencia,  
De este alcázar la señora  
Soy yo, es Zoraida.

*Marsilla.* (Aparte.)

¡Traidora!  
¿Si han leído?...! Qué impruden-  
[cia!

(A Zulima.)

Yo sus secretos contemplo  
Que Mervan fia de tí.

*Zulima.*

No los tiene para mí.  
Tú debes seguir su ejemplo.

*Marsilla.*

(Aparte.)

Es cómplice.

*Zulima.*

La inquietud

Deja; tu mal cede ya:  
Pronto te arrebolará  
El carmin de la salud.

*Marsilla.*

Mi dolencia necesita  
Un remedio...

*Zulima.*

Dile. ¿Cuál?

*Marsilla.*

Beber el agua natal.

*Zulima.*

No habrá medio que se omita,  
Con tal que á tu dicha cuadre.  
La libertad, un tesoro  
Te ofrezco...

*Marsilla.*

Me basta el oro

Que me ha quitado tu padre.  
Robóme hacienda y ventura  
Cuando apresó mi navío.

*Zulima.*

Yo satisfacerte fío  
La pérdida con usura.

*Marsilla.*

¿Vienes, muger celestial,  
A dar á mis males fin?

¿Eres algun Serafin  
En figura de mortal?

Si cabe que satisfaga  
Tan inestimables bienes...

*Zulima.*

Muger soy; la prueba tienes  
En que reclamo una paga.

*Marsilla.*

Si mi eterna gratitud...

*Zulima.*

No es poco.

*Marsilla.*

Nada poseo...

*Zulima.*

(Reparando en una joya que tiene Marsilla  
al cuello, pendiente de un cordón.)

¿Ese talisman que veo  
No tiene alguna virtud?

*Marsilla.*

La tiene... para un cristiano.

*Zulima.*

¿Y á mí me podrá dañar?

Déjamele examinar,  
Si acaso no le profano.

*Marsilla.*

(Dando la joya á Zulima.)

Toma, Zoraida; te entrego  
Mi único bien, pues al cabo,

Siendo como soy esclavo,  
Mal haré si te le niego.

*Zulima.*

Y mal haré yo tambien  
Si te creo agradecido,  
Porque mucho te ha dolido  
Perder tan pequeño bien.

*Marsilla.*

Por tí vertiera contento  
Mi sangre; mi alma te cede  
Toda la parte que puede  
Dar el agradecimiento,  
¿Y ojalá parte mayor  
Te pudiera conceder!

*Zulima.*

Eso es mucho agradecer.  
¿Quisieras tenerme amor?  
Tú pensaste, á lo que entiendo,  
Que yo afición te tenia.

Menos vano te creía;  
Mas no por eso me ofendo.

*Marsilla.*

Yo en tí no miro una dama,  
Miro una divinidad

Que halla su felicidad  
En los dones que derrama;  
Y aquella retribucion  
Que indicaste...

*Zulima.*

Es bien ligera:

La noticia verdadera  
De tu nombre y condicion.  
Los cautivos encubris  
Cosas que quiero me fies.  
¿No son tus deudos Valtes  
O Jeques en tu pais?  
Decláralo, que no soy  
Negocianta de rescates,  
Ni eso añadirá quilates  
Al valor que yo te doy.

*Marsilla.*

Siempre fué avara y cruel  
La fortuna con mi casa.

*Zulima.*

Ella de haber tan escasa,  
¿Y tú dueño de un bajel  
De riquezas!...

*Marsilla.*

¡Ah, señora!

Si me hubiera la fortuna  
Mecido en dorada cuna,  
No fuera tu esclavo ahora.  
Mi apacible natural  
No se hubiera hecho violencia  
Para buscar la opulencia  
En la carrera marcial.

*Zulima.*

En cada voz tuya miro  
Grave misterio encubierto:  
Declárate mas. ¿No es cierto  
Que no es tu nombre Ramiro?

*Marsilla.*

Mi nombre es Diego Marsilla,  
Y cuna Teruel me dió,  
Ciudad que ayer se fundó  
Del Turia en la fresca orilla,  
Cuyos muros entre horrores  
De guerra atroz levantados,  
Fueron con sangre amasados  
De sus fuertes pobladores.—  
Al darme el humano ser,

Quiso sin duda el Señor  
Destinar al fino amor  
Un hombre y una muger,  
Y para hacer la igualdad  
De sus afectos cumplida,  
Les dió un alma en dos partida,  
Y dijo: Vivid y amad.  
A esta voz generadora  
Isabel y yo existimos,  
Y la luz del cielo vimos  
En un dia y una hora.  
Desde los años mas tiernos  
Fuimos rendidos amantes,  
Desde que nos vimos, antes  
Nos amabamos, de vernos;  
Y parecia un querer  
Tan firme en almas de niño,  
Recuerdo de otro cariño  
Tenido antes de nacer.  
Ciegos ambos para el mundo,  
Que tampoco nos veia,  
Nuestra existencia corria  
En sosiego tan profundo,  
En tanta felicidad,  
Que mi limitada idea  
Mayor no alcanza que sea  
La gloria en la eternidad.  
Mas dicha de amor no dura.

*Zulima.*

No en verdad: sigue; te escucho.  
Me has interesado mucho.

*Marsilla.*

Pasó el tiempo de dulzura,  
Llegó el de pena mortal,  
Supe que eran celos...

*Zulima.*

¡Oh!

¡Pena atroz! ¡bien lo sé yo!

*Marsilla.*

Tuve un rival...

*Zulima.*

¡Un rival!

*Marsilla.*

Opulento...

*Zulima.*

¿Eso mas?

*Marsilla.*  
 Hizo  
 Alarde de su riqueza...  
*Zulima.*  
 ¿Y sedujo á tu belleza?  
*Marsilla.*  
 Poco del oro el hechizo  
 Puede en quien de veras ama;  
 Mas su padre deslumbrado...  
*Zulima.*  
 Dejó tu amor desairado  
 Y dió á tu rival la dama.  
*Marsilla.*  
 Le ví, mi pasión habló,  
 Su fuerza exhalando toda,  
 Y suspendida la boda,  
 Un plazo se me otorgó.  
*Zulima.*  
 ¿Cómo?  
*Marsilla.*  
 Si me enriquecía  
 En seis años...  
*Zulima.*  
 ¿Han cumplido?  
*Marsilla.*  
 Ya ves que no he fallecido.  
*Zulima.*  
 ¿Terminan?...  
*Marsilla.*  
 Al sexto día.  
*Zulima.*  
 ¡Tan pronto!  
*Marsilla.*  
 Oro me faltaba;  
 Vuestro Miramamolín  
 Todo el cristiano confín  
 Entonces amenazaba.  
 No podía consagrar  
 Mi brazo á causa mejor,  
 Y animaba mi valor  
 La esperanza de medrar.—  
 Con licencia de mi hermosa  
 Seguí á Castilla á mi rey,  
 Y combatí por mi ley  
 En las Navas de Tolosa.  
*Zulima.*  
 Lugar maldito del cielo

Donde la negra fortuna  
 Postró de la media luna  
 La pujanza por el suelo!  
*Marsilla.*  
 La destreza que tenía  
 En el bélico ejercicio,  
 Bien que el matar por oficio  
 Repugnase al alma mía,  
 Distinguió allí mi persona,  
 Y rico botín me dió;  
 ¡Mas ay! todo pereció  
 En la orilla del Garona.  
 Sobre el cadáver caí  
 Del rey, peleando fiel,  
 En la rota de Maurel;  
 Preso me hicieron, huí,  
 Llegué á la Siria; un francés  
 Albigense refugiado,  
 A quien había salvado  
 La vida junto á Beziés,  
 Los restos de su opulencia  
 Me legó al morir: á España  
 Tornaba... mi suerte estraña  
 Siervo me trajo á Valencia.  
 Tal vez mi mano quebró  
 De mis cadenas el hierro...  
 En vano, que en un encierro  
 Vivo se me sepultó.  
 Postrado al fin y vencido  
 En la lucha desigual  
 Que contra el genio del mal  
 Tanto tiempo he sostenido,  
 Tú mis sueños apacibles  
 Vienes á resucitar,  
 Tal vez para despertar  
 A realidades terribles.  
*Zulima.*  
 No de males adivino  
 Quieras en tu daño ser;  
 Te va la suerte á poner  
 En la mano tu destino.  
 Ya que de tus aventuras  
 Me has referido la historia,  
 Toma bien en la memoria  
 Mis amantes desventuras.—  
 Un cautivo aragonés  
 Vino al jardín del serrallo:

Sus prendas y nombre callo;  
 No quiero ser descortés.  
 Le ví, le amé; no con leve,  
 Con devorante pasión:  
 Brasa es nuestro corazón,  
 El de las cristianas nieve.  
 Debió á tentativas locas  
 De fuga, mortal sentencia:  
 Mi amorosa diligencia  
 Libróle veces no pocas.  
 Sálvole por fin del trato  
 De rígido carcelero,  
 Declárole que le quiero...  
 ¿Qué piensas que hizo el ingrato?  
*Marsilla.*  
 ¿Su creencia te alegó...?  
*Zulima.*  
 Sí, pero en mi desvarío  
 Le dije: Tu Dios es mío,  
 Mi Dios en tí veré yo.  
*Marsilla.*  
 Si antes alguna española  
 Mereció su tierna fe...  
*Zulima.*  
 Quiere á tu dama, esclamé,  
 No exijo que me ames sola;  
 Pero que al menos te deba  
 Piedad mi amor. ¿No dispuso  
 Entre vosotros el uso  
 Tener esposa y manceba?  
 De este título afrentoso  
 Verás que ufana me precio:  
 ¿Qué importa injusto desprecio,  
 Si es el corazón dichoso?  
 Por orgullo solamente  
 Prendarte de mí debieras.  
 Díme: ¿no te envanecieras  
 De ver de tu voz pendiente  
 Una muger, una esclava,  
 Que, con razón ó sin ella,  
 Del amor la rosa bella  
 La lisonja apellidaba?  
 Que puede mas opulento  
 Hacerte que lo es aquí  
 Del reino el primer Valí?  
 Que para dar mas aumento  
 De tu esposa á la hermosura,  
 Desde el cabello á la planta  
 La cubra de joya tanta  
 De tan superior finura,  
 Que cuando en bizarra lidia  
 Entre reinas se presente,  
 Se pinten en cada frente  
 La admiración y la envidia?  
 Diamantes tengo, y no son  
 Quizá los de mas valía,  
 Que pagarme no podría  
 El tesoro de Aragón.  
 Méditalo bien, y sabe  
 Que frenético mi amor,  
 Será el frenesí mayor  
 De mi venganza, si cabe.  
*Marsilla.*  
 ¡Infeliz!  
*Zulima.*  
 Menos te pido:  
 Dile á mi cariño ciego:  
 «Espera,» y márame luego.—  
 ¿Qué hubieras tú respondido?  
*Marsilla.*  
 Que mereces compasión.  
 Mas cuando ya en la niñez  
 Nacida, creció á la vez  
 Con el cuerpo la pasión,  
 Cuando es para la existencia  
 Tan necesario elemento  
 Como el sol y como el viento;  
 Cuando resiste á la ausencia,  
 No puede amante ninguno  
 Hacer tan atroz engaño,  
 Porque de terrible daño  
 Temor le acosa importuno.  
 Témesese que tal falacia  
 Vengue el objeto querido  
 Con su cólera ó su olvido,  
 Que es la postrera desgracia.  
 Burlando que le dijera  
 Isabel á otro: Te quiero,  
 La matara con mi acero...  
 ¡Oh! no, yo sí que muriera.  
 Para mi felicidad  
 Dios un camino trazó,  
 Donde años ha me paró  
 La cruel adversidad,

Si me envia un salvador,  
Derecho habrá de guiarme,  
Y al que quiera estraviarme,  
Diré: Aparta, tentador.

*Zulima.*

Pues á tu Dios nada mas  
Luego en tu miseria clama:  
Despídete de tu dama,  
Porque nunca la verás.  
¡Oh rabia! Alá me destruya  
Si tolero mi baldon.  
Tan infeliz situacion,  
Y tal soberbia la suya!  
Pone mi aficion sumisa,  
Pone á un mísero cristiano  
Un corazon en la mano,  
Y le arroja, y me le pisa!  
¿Sabes hasta dónde alcanza  
Mi cólera y mi poder?  
Pronto ha de hacértelo ver  
Con estragos mi venganza.  
Me deberia escupir  
En la faz, sino me vengo,  
La última sierva que tengo.  
¡Cristiano! vas á morir.  
Impune jamas humilla  
Nadie un corazon altivo.  
Esto le dije al cautivo:  
Esto le digo á Marsilla.

*Marsilla.*

¿Y piensas que le amedrente  
Morir? ¿acabar sus males?

*Zulima.*

Pues entre angustias mortales  
Padecerás largamente:  
Volverás á tus cadenas  
Y á tu negro calabozo;  
Y allí yo con alborozo  
Que mas encone tus penas,  
La nueva te llevaré  
De ser Isabel esposa.

*Marsilla.*

Y en prision tan horrorosa  
¿Cuántos dias viviré?

*Zulima.*

¡Rayo del cielo! el traidor

Todo mi poder derrumba;  
Defendido con la tumba,  
Se rie de mi furor.  
Trocarás la risa en llanto.  
Cautiva desde Teruel  
Me han de traer á Isabel..

*Marsilla.*

¿Quién eres tú para tanto?

*Zulima.*

Tiembla de mí.

*Marsilla.*

Furia vana.

*Zulima.*

No es Zoraida la que ves,  
No es hija de Mervan, es  
Zulima.

*Marsilla.*

¡Tú la sultana!

*Zulima.*

La reina.

*Marsilla.*

(Dándola el lienzo ensangrentado.)

Toma, con eso

Correspondo á tu aficion:

Entrega sin dilacion  
A hombre leal y de seso  
El escrito que te doy.  
Sálvete su diligencia.

*Zulima.*

¿Cómo! ¿Qué riesgo...?

*Marsilla.*

A Valencia

Llega tu esposo...

*Zulima.*

¿Cuándo?

*Marsilla.*

Hoy;

Y esta noche él, tú y mil otros  
De la traicion al puñal  
Pereceis.

*Zulima.*

¿Qué desleal

Conspira contra nosotros?

*Marsilla.*

Mervan, tu padre supuesto.

Si tu cólera no estalla,

Mi labio el secreto calla

Y el fin os llega funesto.

*Zulima.*

¿Cómo tal conjuracion  
A tí...?

*Marsilla.*

Delirante ayer

La puerta hube de romper  
De mi encierro; la prision  
Recorro, oigo hablar, atiendo...  
Junta de alevos impía  
Era; Mervan presidia.  
Pérfido aviso creyendo,  
Tu esposo hoy á la ciudad  
Venir debiera. Salvarle  
Resuelvo para obligarle  
A ponerme en libertad,  
Y con roja tinta humana  
Y un pincel de mi cabello  
La trama en un lienzo sello,  
Y el modo de hacerla vana.  
Poner al siguiente dia  
Pensaba el útil aviso  
En la cesta que el preciso  
Sustento me conducia.  
Vencióme tenaz modorra,  
Mas fuerte que mi cuidado:  
Desperté maravillado  
Fuera ya de la mazmorra.  
Como admitas mi consejo,  
Sin sangre te salvaré:  
De premio no te hablaré;  
A tu justicia lo dejo.  
Llama á un Visir sin tardanza,  
Y oiga el plan que concebí,  
Y tú recibe de mí  
Esta leccion de venganza.

#### ESCENA VI.

DICHOS, ADEL.

*Adel.*

Señora, en Valencia está  
El rey.

*Zulima.*

¡Destino feroz!

*Marsilla.*

Mira si mintió mi voz,

*Adel.*

En la alcazaba hace ya  
Tiempo que entró con sigilo.  
Si viene, si ve al esclavo...

*Zulima.*

¡Llegó mi mal á su cabo!

*Adel.*

Tu vida pende de un hilo:  
Dispon...

*Marsilla.*

Basta el apartarme  
De aquí. Fia de mi labio:  
Yo sé olvidar un agravio.

*Zulima.*

Te admiro.

(Aparte.)

Puedo salvarme.

(A Adel.)

(Abre Zulima una puerta disimulada en el  
muro detras de la cama.)

Conducele por aquí.  
Fuera del harem un lecho  
Le darás.

*Adel.*

(A Marsilla.)

Pronto.

(Marsilla sale de la cama, y apoyado en  
Adel, se entra por la puerta secreta.)

*Marsilla.*

(Al entrarse.)

En mi pecho

No hay odio.

*Zulima. (Sola.)*

En el mio sí.

Va á ser feliz con su amada,  
Y yo á espiar mi delito!  
¡No!

(Abre el cuerpo superior del bufete, y to-  
ma de allí un frasquito prolongado, cuyo  
tapon es un mango como de puñal, y  
tiene por hoja una aguja ó punzon del-  
gado.)

Con un golpe lo evito

De esta aguja emponzoñada.  
El hierro es sutil, violencia  
Tiene el veneno terrible;  
Será la herida invisible.  
Que espiró de su dolencia,  
A pesar de mis desvelos,  
Diré. Calle la piedad:  
Sangre mi seguridad,

Sangre me piden mis celos.  
(Vase por la puerta que abrió.)

ESCENA VII.

ZEANGIR, SOLDADOS MOROS, UN VER-  
DUGO, UN BARQUERO.  
(Salen por la puerta de la izquierda.)

*Zeangir.*

(A los soldados.)

Esa pérfida belleza

Conducid á una prision.  
(Al verdugo.)

Corta á Mervan la cabeza,  
Y cuélgala de un balcon.

Tú esta noche has de llevar

Un féretro á sumergir,  
(Al barquero.)

Y aunque en él oigas gemir,  
Le arrojarás á la mar.

ACTO II.

Sala en casa de don Pedro de Segura.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, MARI-GOMEZ.

*Mari.* Señor, señor.

*Ped.* ¿Qué ocurre, Mari-Gomez?

*Mari.* Que ya vienen á visitaros.

*Ped.* Pronto por Dios. Apenas he abrazado á mi hija y á mi muger,  
y ya me acosan visitas! Pues hoy perdonen, que quiero descansar en el seno de mi familia. Dí á quien sea que mañana recibirá la bienvenida de todo Teruel.

*Mari.* ¡Y como que decis bien! Déjennos hoy en paz : *requiescant in pace* : mañana tendrán todo el día por suyo. *A solis ortu usque ad occasum*. Desde que dé el sol en el huerto, hasta que se vaya de la casa. Así decía el padre vicario del convento en que estuve de novicia. Cuanto y mas que el que viene á veros es allá... don Martin de Marsilla.

*Ped.* ¡Marsilla! eso es distinto. Que pase adelante. Jamas me escondo yo de un enemigo.

*Mari.* ¡Ay! eso sí que no lo hubiera dicho el padre vicario. (Vase.)

ESCENA II.

DON PEDRO.

Querrá que nuestro desafio se verifique al momento. Tiene razon. El altercado fué al tiempo que partimos don Rodrigo de Azagra y yo á Monzon en servicio del jóven rey contra los infantes don Sancho y don Fernando : se difirió el duelo hasta mi regreso, y he vuelto ya. Pero don Martin ha estado enfermo, y creo que se hallaba aun convaleciente. ¡Oh! si no está bien restablecido, no cruzará su espada con la mia : bastante ventaja tengo con la que me da la razon.

ESCENA III.

DON MARTIN, DON PEDRO.

*Mart.* Don Pedro Segura, seais bien venido.

*Ped.* Noble don Martin Garcés de Marsilla,  
Salud ós deseo : tomad esta silla,  
Que me habeis hallado desapercibido.  
(Ciñese la espada, que estaba sobre una mesa.)  
De vuestra dolencia nuevas he tenido,  
¿Cómo estais?

*Mart.* Del todo repuesto.

*Ped.* No sé...

*Mart.* Domingo Celada...

*Ped.* ¡Fuerte hombre es á fé!

*Mart.* Pues siempre á la barra le gano el partido.

*Ped.* Así os quiero yo. Conmigo venid :

Vamos á la orilla del Guadalaviar.

*Mart.* Don Pedro, yo os tengo primero que hablar.

*Ped.* Hablemos sentados. Ea pues, decid.

(Siéntanse.)

*Mart.* Fué de nuestro duelo causa...

*Ped.* Permitid

Que yo os la recuerde. Vuestro labio dijo

Que por mi codicia llorabais un hijo.

De honor es la ofensa, precisa la lid.

*Mart.* ¿Me juzgais cobarde?

*Ped.* Si creyera tal,

Don Pedro Segura con vos no lidiara.

*Mart.* Jamas al peligro he vuelto la cara.

*Ped.* Sí, nuestro combate puede ser igual.

*Mart.* Será por lo mismo...

*Ped.* Sangriento, mortal.

Ha de perecer uno de los dos.

*Mart.* La muerte me toca, la venganza á vos.

(Arroja la espada, y dobla una rodilla delante de don Pedro.)

Matadme : ya espero el golpe fatal.

La espada y la vida os rindo.

*Ped.* ¡Qué hacéis!

Mi acero no corta en quien se arrodilla.

*Mart.* Vuestro honor la sangre pide de Marsilla :  
Tomadla.

*Ped.* En el campo me la venderéis.

Vos el desafio provocado habeis.

*Mart.* Media un beneficio : caballero soy.

*Ped.* ¡ Vos de mí obligado! Sorprendido estoy.

*Mart.* Escuchadme, y luego vos decidiréis.

Tres meses hará que en lecho de duelo  
 Me postró la mano que todo lo guía ;  
 Del riesgo asustada la familia mía ,  
 Quiso en vuestra esposa buscar su consuelo.  
 La ciencia, ó la gracia que tiene del cielo ,  
 Cada día admira toda la ciudad ,  
 Desde que, ministra de la caridad ,  
 A la muerte roba mil vidas su celo.  
 Contra vos airado , neguéme á atender  
 Aviso que daba piadosa inquietud.  
 No quiero , decia , cobrar la salud ,  
 Si á mano enemiga la voy á deber.  
 Mi teson crecia con mi padecer ;  
 La muerte se puso á mi cabecera...  
 Por fin , una noche... ; Qué noche tan fiera !  
 Blasfemo el dolor haciame ser ;  
 Pedia un cuchillo con furia tenaz ;  
 Reia el infierno de ver mi despecho...  
 En esto á mis puertas , y luego á mi lecho ,  
 Llega un peregrino , cubierta la faz.  
 Angel parecia de salud y paz.  
 Me habla , me consuela ; benigno licor  
 A mi labio pone , me alivia el dolor ,  
 Y parte , y no quiere quitarse el disfraz.  
 La noche que tuve su postrer visita ,  
 Ya restablecido , sus pasos seguí.  
 Cruzó varias calles , acercóse aquí ,  
 Y entró en esa ruina de gótica ermita  
 Que á vuestros jardines términos limita.  
 Quitóse ya el velo que inútil creyó :  
 Yo miré ; la luna su rostro alumbró...  
 Era vuestra esposa.

*Ped.* ;Era Margarita!

*Mart.* La misma. Pasmado , de mi bienhechora  
 La heróica modestia allí respeté :  
 No me eché á sus plantas ni entonces hablé ,  
 Porque me propuse declararme ahora.  
 Don Pedro Segura , marcada mi hora ,  
 Vuestra esposa vino y el golpe paró :  
 Mirad , siendo noble , como puedo yo  
 Contra vos la espada sacar matadora.

*Ped.* ;Qué de bien os debo ! ; El duelo escusar  
 Con vos , por motivo que es tan lisonjero !  
 Si pronto me hallásteis como caballero ,  
 Ciudadano me daba el ir á lidiar.  
 Con tal compañera , ¿ quién no ha de temblar  
 De perder la vida que lleva dichosa ?

Ella me será desde hoy mas preciosa ,  
 Si ya vuestro amigo quereisme llamar.  
 Amigos serémos.

(Danse las manos.)

*Ped.* Siempre.

*Mart.* Siempre , sí.

*Ped.* Y decid... ¿ qué nuevas teneis de don Diego ?  
 En hora menguada me sedujo el ruego  
 De Azagra , y la triste palabra le dí.  
 Si antes vuestro hijo se dirige á mí ,  
 ; Cuánto ambas familias se ahorran de llanto !  
 No lo quiso Dios.

*Mart.* Yo su nombre santo  
 Bendigo , mas lloro por lo que perdí.

*Ped.* ¿ Pero qué... ?

*Mart.* Despues de la de Maurel ,  
 Donde cayó en manos del conde Simon ,  
 De nadie consigo señal ni razon ,  
 Por mas que anhelante pregunto por él.  
 Cada día al cielo con súplica fiel  
 Pido que me diga qué punto en la tierra  
 Vivo le sostiene ó muerto le encierra :  
 Mundo y cielo guardan silencio cruel.

*Ped.* El plazo otorgado dura todavía.  
 Un hora , un instante , le basta al Eterno :  
 Y holgárame mucho si fuera mi yerno  
 Quien á mi Isabel tan fino queria.  
 Pero si no viene , y cúmplese el día ,  
 Y llega la hora... ¿ cómo ? Bien me pesa ;  
 Mas estoy sujeto con una promesa :  
 Si fuera posible no la cumpliria.  
*Mart.* Diligencia escasa , fortuna severa  
 Parece que en suerte á mi sangre cupo :  
 Quien á la desgracia sujetar no supo ,  
 Muéstrese sufrido cuando ella le hiera.  
 A Dios.

*Ped.* No han de veros de aquesa manera.

(Levanta la espada de don Martin , que aun permanece en el suelo , y le da la suya propia.)

Vuestra espada admito ; la mia tomad  
 En prenda segura de fiel amistad.

*Mart.* Acepto : un monarca llevarla pudiera. (*Vase.*)

#### ESCENA IV.

MARGARITA , DON PEDRO.

*Marg.* Don Pedro , don Pedro , ¿ qué os queria el padre de Marsilla ? ¿ Ha venido ya á desafiaros ?

*Ped.* No, sino á entregarme su espada. Esta es,  
*Marg.* ¿ Con que estais reconciliados?  
*Ped.* Amigos.  
*Marg.* Bendita sea la bondad de Dios.  
*Ped.* ¿ No sospechas á quién deberémos tan feliz mudanza?  
*Marg.* Al autor de todo bien.  
*Ped.* A él primero, despues á tí.  
*Marg.* ¿ A mí!  
*Ped.* El doctor peregrino se descubrió en las ruinas antes de tiempo,  
 y le vieron el rostro.  
*Marg.* ¿ Me vió Marsilla? ¿ Si creeria que fué un artificio...? Crea  
 lo que quiera: nada importa si he librado de un peligro á mi  
 esposo.  
*Ped.* Ven á mis brazos, mi bien, mi orgullo, mi ángel tutelar. ¿ Con-  
 tigo, qué necesito yo? Solo que me ames, que me honres siempre  
 como ahora. Si algun dia cesase este afecto puro y tranquilo que  
 hoy hace mi felicidad, ocúltame tu indiferencia, fascíname, para  
 escusarme que desee la muerte.  
*Marg.* ¿ Oh! no, esposo, no; yo no soy digna de tanto amor: be-  
 sar el polvo de tus plantas...  
 (Se arrodilla.)  
*Ped.* ¿ Qué haces? Levanta, que vienen.  
 (Margarita al alzarse besa la mano á su esposo.)

## ESCENA V.

DICHOS, ISABEL, con un canastillo de ropa.

*Isa.* Un escudero de don Rodrigo de Azagra os quiere dar un recado  
 de su amo.  
*Ped.* ¿ Ah! sí: deseará veros á hija y madre. Al cabo de un año de  
 ausencia, es muy natural... No me ha hablado sino de tí (á Isabel)  
 desde que salimos de Monzon; y á no haberle detenido sus ami-  
 gos, aquí se hubiera apeado antes de llegar á su casa. Voy á res-  
 ponderle. (Vase.)

## ESCENA VI.

MARGARITA, ISABEL.

*Isabel.*  
 Señora madre, aquí está  
 La ropa ya aderezada.  
*Margarita.*  
 Ponedla allí: la criada  
 El lecho acomodará.  
 (Isabel lleva el canastillo á la alcoba.)  
*Isabel.*  
 ¿ Daisme labor?

*Margarita.*  
 Vuestro aliño  
 Debe ocuparos: sabeis  
 La visita que tendréis.  
*Isabel.*  
 (Aparte.)  
 ¿ Dios mio!  
*Margarita.*  
 Bien el cariño  
 De don Rodrigo merece  
 De vos un honesto aseó.  
*Isabel.*  
 Obedeceré.

*Margarita.*  
 Yo creo  
 Que su vuelta os entristece.  
*Isabel.*  
 Ella la quietud escasa  
 Me arrebató que tenia.  
*Margarita.*  
 Ya de lo justo, hija mia,  
 Despego tan fuerte pasa.  
 Si quiere la Providencia  
 Que seais de don Rodrigo...  
*Isabel.*  
 Muestre su piedad conmigo,  
 Venciendo mi resistencia.  
*Margarita.*  
 A vos sujetar os toca  
 Del odio la injusta furia,  
 Pues á un caballero injuria  
 Que os hace merced no poca.  
 Noble sois á la verdad;  
 Mas quien su amor os consagra  
 Es don Rodrigo de Azagra,  
 Que goza mas calidad.  
 Jóven, galan, cortesano,  
 Con valor y con riqueza,  
 ¿ Qué desdenosa belleza  
 Le rehusara su mano?  
 Siempre el honor es su norte,  
 Su ingenio todo lo abarca,  
 Le quiere el jóven monarca,  
 Le envidia toda la corte;  
 Y habeis de ver como al fin,  
 Del rey al potente arrimo,  
 Se alza al poder de su primo  
 El señor de Albarracin.  
*Isabel.*  
 Ese retrato es hermoso,  
 Pero poco parecido.  
*Margarita.*  
 Vuestro padre le ha creído  
 Digno de ser vuestro esposo.  
 Prendarse de quien le cuadre  
 No es lícito á una doncella,  
 Pues entonces atropella  
 Los derechos de su padre.  
 A él le toca la eleccion  
 De esposo para su hija,  
 Y á ella á quien su padre elija  
 Darle mano y corazon.  
 Hoy dia, Isabel, así  
 Se conciertan nuestras bodas;  
 Así nos casan á todas,  
 Y así me han casado á mí.  
*Isabel.*  
 ¿ Y podréis sin inquietud  
 Sacrificarme á un abuso,  
 Lazo pérfido que puso  
 El infierno á la virtud?  
 ¿ Qué ventaja viene á ser  
 Casarme con don Rodrigo?  
 Lo que en hacienda consigo,  
 Se me desquita en placer.  
 ¿ Qué espero de una aficion  
 Que de un capricho nacida,  
 Por la vanidad nutrida,  
 Maduró la obstinacion?  
 ¿ Imagináis que él me ama?  
 Pues abrigáis un error:  
 Lo que él dice que es amor,  
 Envidia, orgullo se llama.  
 A este hombre darme pensais.  
*Margarita.*  
 Yo no dispongo de vos.  
*Isabel.*  
 Pero decidme por Dios,  
 ¿ De parte de quién estais?  
 ¿ Aprobais mi boda ó no?  
*Margarita.*  
 ¿ Qué vale mi parecer?  
 Yo tengo que obedecer  
 A quien manda mas que yo.  
*Isabel.*  
 ¿ Ah! si hallan los males míos  
 En vos consuelo...  
*Margarita.*  
 No mas:  
 No me recordeis jamas  
 Vuestros locos amoríos.  
 Yo por delirios no abogo.  
 Idos.  
*Isabel.*  
 En vano esperé.  
 (Sollozando al retirarse.)